

Presentación

IDENTIDAD NACIONAL Y CULTURAL

Entre el 26 de julio y el 6 de agosto de 1982 se efectuó en Ciudad de México la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, convocada por la UNESCO, con participación de 960 representantes de 126 Estados Miembros de esa organización.

Esta Conferencia ha sido la culminación de las seis anteriores a partir de la reunión realizada en Venecia en 1970. Su objeto era "elaborar una síntesis de la experiencia adquirida, fomentar un análisis más profundo de los problemas fundamentales de la cultura en el mundo contemporáneo y formular nuevas orientaciones encaminadas a fortalecer la dimensión cultural del desarrollo general y facilitar la cooperación cultural internacional".

Chile no ha sido ajeno a una materia tan fundamental y desde hace siete años viene celebrando Jornadas Nacionales de Cultura, tomando cada vez como convocatoria un tema básico específico y como lugar de encuentro una Universidad. La defensa del patrimonio histórico; La cultura y la ciudad; Juventud y Cultura, presente y futuro; Cultura y Medios de Comunicación, han sido los títulos de algunas invitaciones a dialogar, reflexionar y elaborar sugerencias y recomendaciones que en el transcurso del tiempo se han convertido en acciones concretas y en normas de vigencia permanente.

Las Séptimas Jornadas Nacionales de Cultura efectuadas en la primera semana de noviembre de 1982 centraron su preocupación en la Identidad Nacional, término que pareciera englobar al de Identidad Cultural en una jerarquía de género a especie. Aquel implica soberanía y entorno territorial con una trayectoria histórica y cierta forma homogénea de integración y comportamiento, aparte de algunos rasgos comunes de carácter que permiten diferenciar a los componentes humanos.

"La identidad cultural de un pueblo comprende tanto elemen-

tos tangibles como intangibles y se manifiesta como una combinación de formas, como el lenguaje, la alimentación, la arquitectura, la tecnología, la música, la danza, los festivales, la literatura, el arte, las tradiciones orales, la artesanía, la religión, la ciencia, la agricultura, la medicina tradicional y las pautas de organización social" (Recomendación N° 19 de la Conferencia de México).

Reconociendo que en el mundo actual la interdependencia es inevitable y la interacción una fuerza incontenible, lo cual determina una especie de "mestizaje cultural" en que cada cultura toma algo de otra, podemos hablar de una identidad cultural chilena. Desde el choque violento del mundo aborigen con el Descubridor y Conquistador hispano que en tres siglos no tuvo tregua, la Independencia marcó el comienzo de una nación que se identificó con perfiles muy definidos. Sin embargo, en su evolución posterior ha ido recibiendo sucesivas influencias y transferencias de todo orden que a pesar de nuestro anhelo de asimilación acelerada hemos sabido adaptar.

Hemos sido un reflejo de España y de Europa y por lo tanto parte integrante de la Cultura Occidental. Pero lo autóctono mantiene su personalidad y la identidad nacional es un distintivo, sin caer en el nacionalismo ingenuo o agresivo de aquellos países que recién están saliendo del colonialismo. Tal vez, por esto mismo, hemos resistido y a menudo rechazado la persistente influencia de "modelos deformadores" divulgados por los medios audiovisuales de comunicación y con apoyo financiero de las empresas transnacionales empeñadas en crear la industria de la cultura.

La cultura no se impone mediante recetas apoyadas en propaganda comercial. Es un lento proceso, una imponderable combinación de factores materiales e inmateriales incrementada por cada generación aun con aportes aparentemente distorsionadores. La historia de una nación no puede tener adjetivos; no es buena ni mala; es simplemente historia, como una ejecución musical en que

hasta las disonancias tienen valor porque ayudan a enriquecer el conjunto sonoro.

Si la educación es “un vehículo de transmisión de los valores tradicionales y un medio de armonizarlos con los valores nuevos”, el momento educacional de Chile estaría cumpliendo con este objetivo al tratar de fortalecer las raíces de la nacionalidad, de conservar lo auténtico y de proceder con autonomía. De este modo la identidad nacional adquiere mayor presencia y consecuentemente la identidad cultural se manifiesta como un todo coherente a pesar de la diversidad de las partes derivadas de la multiplicidad geográfica. Es la unidad en lo diverso.

Al proyectarse con tanto vigor la identidad nacional, “la identidad cultural se manifiesta simultáneamente como una personalidad objetiva, que se caracteriza por costumbres, hábitos, y una o varias lenguas; creencias y valores espirituales y éticos; maneras de comportarse, vivir, pensar y crear e incluso distintos sentidos del humor y del ingenio que corresponden a un estilo determinado, una cierta forma de reaccionar frente al mundo; y como una identidad subjetiva, la sensación de pertenecer a una cultura, de encontrarse en el centro de las cosas, de convertirse en protagonista y no limitarse a ser mero espectador de su propia historia” (Palabras atribuidas a “un delegado” en el Informe Final de la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales).

Todo lo anterior ha sido analizado y debatido por ese afán de permanente búsqueda que caracteriza al ser humano, a pesar de estar inmerso en una atmósfera de inestable equilibrio vital en que afloran los instintos de supervivencia alimentados por los trastornos emocionales que provoca el peligro de destrucción del planeta. La amenaza de un conflicto nuclear de imprevisibles consecuencias está fomentando una cultura del miedo que reviste inquietantes expresiones. El gobierno de Alemania Federal, por ejemplo, ha ubicado profundas cavernas naturales donde ha comenzado a guardar documentos, filmes, obras de arte, libros, partituras de los grandes músicos y todo cuanto pueda significar un mensaje

global de una civilización muerta para descubridores que pudieran venir de otros astros. Otro tanto hace el Vaticano al decidir la construcción de una especie de bunker a prueba de explosiones atómicas, para depositar documentación histórica y un patrimonio artístico acumulado en dos mil años.

Quizás esta capacidad de sobreponerse a la influencia negativa de la inseguridad, la inquietud y la incertidumbre, en Jornadas Culturales que reflejan la decisión de un pueblo joven para que su identidad nacional no sea atomizada, podría ser la base de sustentación que se necesita para enfrentar la crisis del segundo milenio. Que así sea.

TITO CASTILLO